

Compendio de seducción

*SEDUCCIÓN: Engañar con arte y maña;
persuadir suavemente al mal.
2 Embargar o cautivar el ánimo.
(Diccionario de la Real Academia Española).*

El término *seducir* arrastra cierta carga semántica maligna que ya se traslucía en el precedente latino *seducere*: atraer; aún más, arrebatar. Llevarse aparte; y, en un sentido figurado muy especial, raptar.

Según la tradición, el seductor o la seductora –el libertino y la mujer fatal– nos pierden; nos hacen perder algo, cuanto menos. Se adueñan con finura de nuestro deseo y, al desviarnos de anteriores metas, en cierto modo nos separan de nosotros mismos. Esto es, *nos persuaden suavemente al mal*.

La tradición judeo-cristiana ha hecho del Maligno el Gran Seductor, el primigenio y más completo. Nadie como él subyuga y es tan diestro –o tal vez siniestro– a la hora de *engañar con arte y maña*. El seductor–como el diablo– es intrigante y corruptor, mientras que el seducido se adentra inocente en la trampa y acaba corrompido. Jankélévitch,¹ comparaba el proceso de seducción con una válvula fatal en la cual nuestra vida –como el aire– penetra con facilidad para quedar allí irremisiblemente atrapada. En parte acertó, pues nadie escapa de la seducción... impune o indemne.

Tan poética como maniquea, la concepción tradicional de la seducción yerra al oponer con rotundidad la actividad del seductor a la pasividad del seducido. Ciertamente, la seducción acaba por *embargar o cautivar el ánimo*; sin duda del seductor –a quien le impulsa cierta voluntad de dominio o «deseo de poder sobre el deseo del otro»–² es la iniciativa. Sin embargo, no se trata de un proceso unilateral o de un *rapto* violento. La seducción es un juego compartido que requiere la receptividad –o sea la sensibilidad abierta, activa y cómplice– del otro, resultando imposible sin su consentimiento. En palabras de Sansot, la seducción requiere una «producción de signos en común, no el eclipse de uno de los *partenaires* por el otro».³

* Profesor de Filosofía del I.B. «Francisco Ribalta» de Castellón.

1 Vladimir Jankélévitch: *Le Je-ne sais-quoi et le Presque-rien*. Paris, Seuil, vol. II, 1980, p. 67.

2 Anna Pavone; Nadia Fusini y Gabriella Caramore: «Histoires plurielles au féminin», *Séduction. L'ironie de la communauté*. En *Traverses*, 17. Paris, nov. 1979, p. 79.

3 Pierre Sansot: «Une question ontologique: la séduction», *Stratégies secrètes de la séduction*. En *Traverses*, 18. Paris, Février, 1980, p. 134. La traducción de los textos es mía.

La seducción siempre es sofisticada. Su meta no busca anular la voluntad del seducido y convertirlo en un autómatas abúlico, sino en exaltarla y enloquecerla hasta el punto que quiera con un arrebatos desconocido... lo que el seductor quiere.

La seducción traspasa límites y desvanece convenciones. Frente a la identificación, ruda y monolítica, de la masculinidad con la acción seductora, y la simpleza de equiparar el modelo femenino con la supuesta pasividad del objeto seducido, la seducción frecuente los paisajes de la ambigüedad donde la brisa transgresora de lo andrógino transporta esta leyenda: el auténtico poderío no radica en seducir o dejarse seducir, sino en el poder de hacerse seducir. En ciertos momentos David Bowie y casi siempre Marlene.⁴

El seductor –o seductora– es un transformista consumado. Convencido de que *las capas de la existencia carecen de espesor*,⁵ aspira a convertirse en dominador absoluto de la única realidad que existe: la que aparece. Su virtuosismo le permite adoptar distintas apariencias según a quien pretenda seducir. «El seductor es ante todo *polutropos*, como decía Homero a propósito de Ulises. Sin embargo, este adjetivo no debe interpretarse como “engañador”, resulta más apropiada la acepción literal de “versátil”, “cambiante”. El seductor no ocupa un sólo espacio, no tiene [más que] una identidad, pero es diferente, estando dispuesto a ocupar muchos lugares. En el fondo es Nadie».⁶ El moralista juzgará que el seductor es falso; el incauto incluso podría llegar a pensar que carece de personalidad o que su personalidad es *Nadie*. Y errando del todo casi acertaría, pues su única identidad radica en su constante voluntad de no ser *nadie* diferente del deseo del otro, para así lograr seducirlo. La voluntad de gustar es la forma más civilizada de la voluntad de poder.

El ámbito del seductor es el simulacro. El auténtico seductor es tan hábil cambiando la realidad como metamorfoseándose a sí mismo. Sin embargo su maquinación no se sustenta en la mentira –fácil recurso de vulgar don Juan–, ni siquiera en la ficción entendida como contrapunto de lo real, sino en un genuino poder demiúrgico. El seductor, en tanto ser humano, habita en el interior del lenguaje; pero, antes que una cárcel, ha descubierto en la palabra el instrumento para crear todos los mundos posibles. Al fin y al cabo, en cualquier cultura el conjuro de la creación no es más que un coctel de vocablos.

El seductor, como el filósofo honesto –el sofista– crea la realidad con la palabra, despliega su estrategia de argumentos y apariencias y, mediante un juego de símbolos y convenciones, funda con el otro su comunidad particular. La seducción es sofística, estrategia, política; tan artificiosa y cerebral como todas

4 Dietrich, por supuesto.

5 Expresión cioraniana.

6 Mario Perniola: «Logique de la séduction», *Stratégies secrètes de la séduction*. Op. cit., p. 4. La puntualización entre corchetes es mía.

ellas. Pero no hay porqué escandalizarse, así es toda manifestación humana que descolla por encima de la animalidad y se adentra en la cultura. Esto es la seducción: la perla cultural más refinada.

La seducción pertenece a un orden distinto del de la belleza. A diferencia del *séduisant*, un indolente cuya naturaleza fascinante «gusta sin esforzarse»⁷ –el Tasio retratado por Visconti en *Muerte en Venecia*, sería un buen ejemplo–, el seductor es fruto de su propia voluntad activa y de su genio. Su encanto depende de su destreza en tejer un manto de apariencias que envuelva realmente a su presa. Su éxito no es otro que la consecución de un entramado tan sugestivo que no podemos menos que desear habitarlo. Ahora bien, ¿qué es lo que hace que la seducción seduzca? ¿Cómo ha de mostrarse el seductor y debe construir su entramado?

Seduca aquello que nos libera de la tiranía de lo necesario y de lo obvio, alejándonos de la cotidianidad gris y ramplona. Seduce la ambigüedad, *el no sé qué* emboscado en la sorpresa. Seduce siempre el azar por su misterio sin trasfondo y su gratuidad innata. La seducción utiliza mil tácticas pero desconoce el sistema único, la fórmula infalible. El seductor no es rígido, sino un dúctil estratega. Un espíritu fuerte cuya delicada –nunca débil– fuerza nos *persuade suavemente al mal*. Según la máxima de Nietzsche, debe estar a la altura del azar, aprovechar la ocasión sabiendo –como aconseja la sofística– «decir y callar, hacer y no hacer lo que es preciso en el momento oportuno».⁸ En cada circunstancia debe saber encontrar el *tempo* adecuado para sus acciones, el ritmo de sus ademanes, sin olvidar el primer imperativo del gusto: jamás descuidar la elegancia.

Así, según el momento, puede mostrar una apariencia sofisticada o natural; nunca recargada o kitsch, tampoco simple. Podrá adoptar un aire alegre o grave: pero no histriónico y, aún menos, pesado. El seductor –seductora– insinúa, no acosa. Aunque, desde la mirada al tacto, ha educado cada uno de sus sentidos para expresarse con la máxima elocuencia, huye de la reiteración. Prefiere, antes que caer en la redundancia, hacer hablar al silencio –que también sabe. Desde el primer don Juan al último de los dandis esta misma regla de oro marca sus guiones: llegar, deslumbrar, desaparecer. Optar por el ingenio antes que por el discurso, anteponer la agudeza de la ironía a la contundencia del teorema. Su reino es el del detalle que individualiza e innova, el del gesto que distingue y cautiva.⁹

7 Tomo la oposición *séduisant/séducteur* de Pierre Sansot: *Op. cit.*, p. 130.

8 Planides: *In Hemogenem*. V. 548. Para una mayor información sobre la noción de *kairos* ver Alonso Tordesillas: «L'instance temporelle dans l'argumentation de la première et la seconde sophistique: la notion de kairos» en *Le plaisir de parler*. Paris Minuit, 1986. Actas del Colloque de Ceresy, editadas bajo la dirección de Barbara Cassin.

9 La ciencia que todo lo explica y nada evoca, cuyo nivel de denotación es inmenso y tiene un grado de connotación igual a cero, puede resultar apasionante pero no seductora. Sutil venganza del artista y del poeta sobre el pragmático, por haber tenido que afrontar infinitud de veces el *¿y esto para qué sirve?*, tan zafio y detestable.

Sin embargo, con todo lo dicho, apenas nos hemos acercado al núcleo de la seducción, pues aquello que seduce al seducido es descubrirle una miríada de mundos posibles, volverle capaz de aventurarse en ellos y disfrutarlos, gracias a la nueva fuerza que le infunde sentirse objeto de deseo. La estrategia del auténtico seductor consiste en cercar abriendo todas las puertas de nuestra existencia; en transportar al seducido a aquellos parajes que alguna vez soñó, apenas se atrevió a transitar y se aprestó a olvidar de sí mismo.

El seductor nos vuelve osados y empuja a remontar el vuelo por encima del triste mundo de la tautología, donde una única realidad siempre es idéntica a sí misma. Seduce porque nos ilusiona enriqueciéndonos con otras versiones de la realidad y de nosotros mismos. Por decirlo claramente: «no será ni más bello, ni más experto, ni más inteligente que otros seres pero, en cierto modo, es polirítmico, capaz de hacer bailar nuestras existencias petrificadas».¹⁰ Con razón Pierre Sansot recrimina por ingratos los reproches que dirigimos al seductor cuando nos abandona. ¿Nos engañó o, acaso, nos descubrió nuevos ritmos y otros paisajes? Tal vez nuestro error consistió en no aprender a mirar sino a través de sus ojos, en no lograr mantener el ritmo en su ausencia.

Si la seducción, como se dice a menudo, nos pierde; e incluso, si –como afirmaba, desconcertado, Jankélévich– *cuanto más nos pierde, más nos place*, es porque vivifica y nos hace sentir plenos. Pero la seducción no nos mengua, nos multiplica, o desdobra al menos. En rigor, siquiera nos hace perder la sensatez, sino la forma más empobrecedora del sentido común que es el sentido cotidiano.

Pero aún hay más. Cuando ya creíamos –como el seductor– saberlo todo acerca de la seducción, ésta nos reserva una última sorpresa: su reversibilidad.¹¹ A menudo, el seductor termina seducido por su objeto de seducción. El vizconde de Valmont comienza su aventura seduciendo por un reto a la Presidenta Tourvel, y acaba buscando la muerte por no poder vivir sin ella. Una vez iniciada, la dinámica de la seducción –que odia las prisas– no admite ninguna pausa. Es un juego sin límites, un desafío constante en el que, seductor y seducido, doblan continuamente el envite del otro, llegando al punto de intercambiar los papeles:

SUJETO SEDUCTOR:

– Yo te seduciré, te arrancaré de tu cotidianidad y te haré seguir mi deseo por otros parajes.

¹⁰ Pierre Sansot: *Op. cit.*, pág. 133.

¹¹ El fenómeno de la reversibilidad de la seducción ha sido tratado por Jean Baudrillard: *De la Seducción*. Madrid, Cátedra 1992. Entre otros, de este filósofo y del resto de autores citados se considera deudor este *Compendio*, que no aspira tanto a la originalidad como a repensar lo ya pensado sobre la seducción y expresarlo –ojalá– seductoramente.

SUJETO SEDUCIDO:

– Tú me seduces. Me transformas y, ciertamente, me descubres otras mil realidades.

SUJETO SEDUCTOR –SOBRE EL SUJETO SEDUCIDO–:

– Más allá de lo que sospeche, se atreve y consigue ser siempre diferente y nuevo. Realmente es seductor aquel que he seducido.

En fin, quizá la seducción sea maligna, pero no banal, pues sin ella la vida valdría menos la pena. No en vano dios creó al demonio para no languidecer en el hastío.